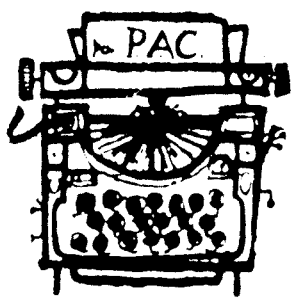


escrito a máquina

Dos cerebros



Leyendo los comentarios que ha producido el Mensaje del Arzobispo y su Consejo Presbiteral me he vuelto a preguntar si en Nicaragua hablamos todos el mismo lenguaje o si estamos equivocados y realmente existen dos lenguas que, usando las mismas palabras, les dan significados distintos.

¿Es que el largo ejercicio del Poder, es que cuarenta años de dictadura han ido creando una lengua de arriba cada vez más ajena y distinta a la lengua de abajo? ¿O más que una lengua, es una comprensión distinta o un cerebro distinto captando la misma realidad?

Esto me hizo recordar una entrevista de "L'Express" a Arthur Koestler el intelectual y activista húngaro que se volvió célebre en un tiempo por su libro "Del cero al infinito", conocido también por sus estudios del cerebro humano. Según Koestler, en el hombre coexisten dos cerebros: uno del hombre viejo, el cerebro del pre-hombre antes que evolucionara y aprendiera a hablar. Y el otro, el del hombre nuevo, el del hombre ya racional, capaz de conceptualizar, concebir abstracciones y pensar símbolos. El cerebro viejo está dominado por las emociones. El cerebro nuevo por la razón y por la palabra. Pero ambos cerebros, agrega Koestler, no están plenamente integrados ni han llegado a una armonía. A veces entran en contradicción hasta producir la esquizofrenia. A veces una emoción fuerte hace que predomine el cerebro viejo y se destruya la lógica y se llegue a la sinrazón. Otras veces, en cambio, el cerebro nuevo es capaz de controlar las emociones del viejo y la racionalidad se salva.

La teoría es curiosa y —sea cierta o no— se presta a interpretaciones tentadoras. A mí me ha parecido que si estos investigadores del cerebro vinieran a Nicaragua obtendrían extraordinarias experiencias del funcionamiento de los dos cerebros. Bastaría hacer la prueba con el Mensaje arzobispal que hemos citado y confrontarlo con el discurso de Somoza en el Polideportivo España. En el documento de la Iglesia se busca la armonía. La razón y la lógica analizan la realidad que vivimos, inmediata y evidente, de una violencia en espiral —con uno o dos muertos diarios como saldo mínimo— y trata (racionalmente) de encontrar una salida de concordia satisfactoria para todos; solución, que como es lógico, exige concesiones mutuas y mutuos compromisos.

A este razonamiento inspirado en un principio civilizador, como es el del amor (el amor es el respeto a la vida, amor es la promoción de los derechos y libertades del hombre, amor es superar la violencia con el diálogo), el gobernante ha contestado con un lenguaje emocional (prelógico) rechazando la realidad de la violencia, negándose a verla y más bien apelando a ella para mantener, por sobre todo el país y contra viento y marea su poder absoluto. Al consejo de entendimiento, del Arzobispo; al consejo de un gobierno nacional —que "devolvería a los nicaragüenses, como en la escena bíblica de José y sus hermanos, el gozo vivificante del abrazo fraterno de todo un pueblo"— Somoza contesta convocando a la maquinaria de su partido dictatorial y les dice: "Hoy empezamos a elegir al próximo Presidente para 1981" (No el pueblo, no los demás sino los de siempre, "nosotros", ese nosotros que no es más que el yo plural de todos los dictadores).

"Parece increíble —dice Somoza en otra parte de su discurso— que

vengan unos cuantos a querernos decir: cerremos el telón, comencemos de nuevo y hagamos un gobierno nacional". Y agrega esta extraordinaria confesión: "Aquí, señores, los únicos que nos hemos contado somos los liberales nacionalistas, los otros ni siquiera el tapiz de partido tienen".

La voz ponderada de toda la Iglesia, la voz de toda la empresa privada, sindicatos, federaciones, partidos, pueblos y poblaciones de toda Nicaragua son, para Somoza, "unos cuantos". También los muertos, la agitación que no para, la violencia, la destrucción económica que causa esa violencia, la virtual guerra civil que vivimos es pequeña cosa, dato sin importancia. "¡Unos cuantos!"

El viejo cerebro, decía Koestler, no era capaz de concebir la hecatombe. El pre-hominido, con un garrote podía matar, pero a uno o a dos y la muerte no llegaba a impresionar su mente en su dimensión social. El gobierno habla de la represión y de la violencia ("hay que acostumbrarse a la violencia", dijo Somoza) con esa percepción arcaica y primitiva. No asimila lo que es la violencia con el Garand, la metralleta, la bomba y la ametralladora disparando contra multitudes y peor aún contra colegios y escuelas. Sólo ve, uno por uno, los muertos; pero no los suma. No se fija que ésta es una sociedad y no un grupo de pitecántropos, una sociedad donde la muerte y la violencia repercuten en ondas sociales que alteran todo, desde la salud psicológica hasta la moral y la economía. Sólo los muertos se acostumbra a la muerte. Nunca las madres, ni las viudas, ni los amigos, ni los seres civilizados. Y es ese clima de terror y es esa escuela de exterminio —que el viejo cerebro de arriba no ve— lo que motivó el mensaje de la Iglesia. Y lo motivó también, la situación de injusticia y de marginación, que no es de "unos cuantos". Esa es una caldera que recibe las tres presiones que en los últimos meses ha experimentado recientemente el Vice-Presidente de Costa Rica, José Miguel Alfaro: "La presión de los que tienen hambre de cerebro, porque no tienen acceso a la cultura; de los que tienen hambre física porque carecen de alimentos y de los que tienen hambre del corazón porque se ven frustrados en sus aspiraciones humanas". Para que no estalle esa caldera es que también la Iglesia ha escrito su Mensaje pidiendo una realidad nueva de concordia y de Justicia. ¿Tampoco eso tiene valor? ¿Sólo la fuerza, sólo la imposición y el garrote deben contar en la política pre-humana de este pobre país? ¿No es posible que el cerebro nuevo controle esta actitud arcaica e irracional y se produzca la armonía?

Es profundamente revelador ese párrafo del discurso de Somoza que cité arriba: "Aquí, señores, los únicos que nos hemos contado somos los liberales nacionalistas, los otros ni siquiera el tapiz de partido tienen!"

¿Acaso es otro el ataque y la razón del ataque del pueblo a la dictadura? Que sólo los somocistas se han contado. Que durante cuarenta años sólo ellos han contado. Que los otros (los demás, el pueblo todo) "ni siquiera el tapiz de partido tienen" porque aquí nunca ha habido democracia...

¿Cómo puede levantarse como bandera el trapo más sucio?

¿No hay razón para preguntarse, como lo hice al comienzo, si en Nicaragua se hablan dos lenguas, o peor aún, si se piensa con dos cerebros distintos en permanente y alarmante esquizofrenia? ¿A qué caos nos quieren precipitar?

PABLO ANTONIO CUADRA